



Lo esencial

Se habla hoy mucho de los “servicios esenciales”. Se considera esencial, en esta pandemia, a lo que protege directamente la vida. Es esencial la alimentación, los hospitales, las farmacias. También es esencial la prensa, en cuanto que informa de lo que está sucediendo en la pandemia y nos permite obedecer las indicaciones sanitarias. Otros servicios no son esenciales, y en este sentido resultan superfluos: las peluquerías, las librerías, el deporte...

Lo esencial es aquí lo que protege la vida, lo que permite sobrevivir. Esta forma de hablar despierta la pregunta por la verdadera esencia de la vida. Llama la atención que el culto a Dios no parezca encontrarse entre lo esencial. Por eso se han dado casos en que la policía ha desalojado templos, pero no supermercados. Algunos reconocen al culto cierta utilidad, en cuanto que motiva a la gente. Pero quien participa en el culto solo porque le motiva, no está realizando bien el culto. Pues el culto es precisamente aquello que no tiene una utilidad directa, porque se adora más bien a quien es la meta de todas las utilidades, a quien da sentido último al horizonte de la vida.

Hace unos años el filósofo francés Jean Guitton publicaba un libro titulado “Silencio sobre lo esencial”. Guitton decía que en el mundo de hoy se callaba sobre lo que estaba en juego en la vida. Se calla sobre Dios, y de este modo se calla sobre la seriedad de la existencia humana. En las conversaciones familiares, entre amigos o jóvenes, no salen ya a la luz los grandes temas, si hay algo por lo que puede darse la vida, o qué es lo que la hace grande, o cuál es el origen y el destino de nuestra historia. Existe, continuaba Guitton, un pudor ante las grandes preguntas, tal vez porque se piensa que son preguntas íntimas, en las que mejor no entrar. Pero entonces lo que nos une, lo que es vida común, termina siendo solo lo superficial, lo epidérmico...

¿Y qué es lo esencial en la vida, aquello que explica su origen y destino?

Uno puede pensar en lo esencial como el tronco debajo de las hojas, o incluso como las raíces. El coronavirus, sacudiendo las hojas, nos ayuda a ver lo esencial. Los servicios esenciales de alimentación y salud serían lo que queda cuando cae lo superfluo, aquello de lo que se puede prescindir. Porque si perdemos la vida, perdemos lo demás. El culto, entonces, nos recuerda lo esencial, porque nos invita a reconocer la fuente última de la vida.

Pero, cuando quitamos las hojas de un árbol no solo se ve el tronco. Lo esencial que aparece debajo de las hojas es también el fruto. Lo esencial, aquí, no es lo que nos sostiene, como el cimiento, sino lo que nos atrae, lo que nos eleva, aquello a lo que aspiramos.

Así que lo esencial es, sí, el tronco, porque sin él no se sostienen las hojas. Pero lo esencial es también el fruto, porque sin él pierden su meta las hojas. Junto a los servicios esenciales que sostienen la vida, en esta nueva etapa de reedificación salen a la luz con fuerza los servicios esenciales que inspiran a una vida grande. La familia que genera amor y vida, los maestros que educan a los hijos, los artistas que muestran la belleza de una vida.

Aquí entra también el culto. Platón decía que los hombres somos como árboles, pero árboles boca abajo, cuyas raíces están arriba, en el cielo. En la visión cristiana, tener las raíces en el cielo no es solo tenerlas en lo alto, sino tenerlas en el futuro. Sí, porque nuestro cielo es el cuerpo resucitado de Jesús, que es el futuro de toda la historia, hacia donde todo se mueve. El culto es un servicio esencial, porque quien adora a Dios sabe que un futuro nuevo es posible; y que incluso los dolores de la historia son fecundos, como dolores de parto.